A la vista

Daniel Sada

Carlos Fuentes alguna vez afirmó: "Daniel Sada va a ser una revelación en los próximos años para la escritura en español". Libros fundamentales para la narrativa mexicana como Porque parece mentira la verdad nunca se sabe, Una de dos *o* Ese modo que colma *conforman una obra de una solidez sorprendente. Publicamos a continuación un fragmento de su próxima novela,* A la vista.

Era un lugar poco visitado, pero atractivo, que estaba cuatro kilómetros al sur de Sombrerete. Había una barranca cuyo abismo daban ganas de ver detenidamente, al igual que una caída de agua cristalina, delgada y caprichosa. También había un ornato de árboles por doquier, además de un clima templado que prevalecía a lo largo del año. Lo estupendo de aquel paraje se limitaba a la eficacia de las palabras, pues no existía una foto que diera una noción más tajante de esa supuesta maravilla. Cierto que ninguna persona rondaba por ahí, por lo que se obvia que ninguna casa se vislumbraba a la redonda. Sin embargo, la venta de terrenos en esa área era una ganga. Y aprovechar, pero, como se trataba de una promoción, la añadidura de cualidades debía ser entusiasta, nunca exagerada, para que no pareciera una mentira. Lo que sí que a Serafín Farías ninguna descripción le era suficiente. Necesitaba la foto, la exigió, a fin de poder animarse a invertir bien a bien. Y pronto ese detalle tuvo que convertirse en un gran problema para Ponciano Palma y Sixto Araiza. Luego de un mes y medio, estos promotores trajeron fotos del lugar. El muestreo se llevó a cabo en una mesa de cantina.

Y el desengaño consecuente: existía la barranca, pero no la caída de agua; existía el clima templado, pero no la cantidad de árboles. No había casas ni gente, eso sí.

El que asumió la tarea de fotografiar aquello de muchas maneras fue Sixto Araiza: hombre de buena voluntad, pero bien torpe para el brete de hacer un clic exacto. Ponciano fue el afirmador de todo, movía la cabeza sin hablar, ya que era positivo, generoso. Al calor de las cervezas se daban las correcciones. ¿Por qué la mentira de la caída de agua?, ¿eh?, preguntó Serafín, y la respuesta del fotógrafo: Bueno, es que antes sí hubo lo dicho, eran otros tiempos, otra naturaleza. Hasta aquí lo oral, enseguida viene la interpretación: sí, sólo que ahora se imponía la horrorosa sequedad, como si la tierra se estuviera erosionando por quién sabe qué causas. ¿Y los árboles?, ¿a ver? Era efecto de lo mismo: la sequedad progresiva, no nada más allí sino a nivel mundial. Lo real era la ganga… a cien pesos el metro cuadrado, así que —veamos—: una oportunidad como ésa ¿dónde? No, pues ¡ni hablar! Serafín debía aprovechar la extraordinaria oferta porque si no… Él mismo conjeturaba que aquellos terrenos se venderían en un dos por tres y ¿con quién había que arreglarse? Otro gran problema para Ponciano y Sixto consistía en inventar a un personaje creíble, convincente, o localizar a quien de a de veras estuviese dispuesto a mentir de buena fe y con solvencia…

Como tenían que pensarlo con despacioso análisis, Sixto le adelantó a Serafín que conseguirían el teléfono, la dirección, etcétera, del vendedor (dueño) lo más rápido posible, porque el nombre —cualquiera— lo soltó de modo subconsciente: Idilio Villalpando: ¡zas!: así tal cual… Lo único cierto era que el susodicho vivía en Sombrerete (también Sixto). Entonces: fin de la sesión cantinera; fin —eventual—, con la promesa de conse-

guir lo prometido. A partir de esa vez el interés de Serafín iba creciendo, sólo faltaba remachar los detalles más difíciles como para que ya no ideara nada, pero para llegar a ese nivel de consumación los promotores se entretuvieron en una hartura de minucias que para qué enumerar, nada más diremos que entre Sixto y Ponciano hubo varias citas vespertinas en la cantina en mención. Y respecto a las enmiendas y los acuerdos también debe decirse que hasta hubo gritos feos entre ambos, con salpiques de saliva.

Cuando ya tenían todo bien macizo, estos señores se reunieron con Serafín en donde ya se sabe, y entre cerveza y cerveza Sixto Araiza, que llevaba la voz cantante, soltó a poco todo lo relativo al vendedor (dueño). Que nada más los fines de semana se podía hablar por teléfono con él. Que porque era propietario de veinte mil cosas y que por tal razón estaba tan ocupado que no se daba tiempo para contestar llamadas. O sea: solamente los sábados: a cualquier hora: ¿eh?: la atención personal. ¿Y el nombre del señor?... este… a ver… era… Idilio Villalpando (sí se acordó: mal: pero se acordó), porque veamos lo siguiente: si cualquier sábado Serafín tuviera la gana de hablarle por teléfono al mero-mero, el que levantaría la bocina sería nada menos que Sixto Araiza, quien respondería con voz aguda, pero armoniosa, diciendo lo de cajón: ¿*Qué se le ofrece?* Y puro fingimiento perseverante. Sixto: el reemplazo, ese modo oculto. Con lo que se dilucida que él haría la invención acerca de las ventajas de comprar un terreno contiguo a aquella barranca, que era bonita aun sin caída de agua y sin tanto árbol. Sin embargo, Serafín tardó casi un mes en decidirse a comprar la tal baratura.

Es que no era poca la distancia entre Saltillo y Sombrerete…

Es que tan sólo imaginar un terreno tan distante de lo urbano… ¿tenía sentido?

Es que de qué serviría aquello a corto plazo…

Pero una inversión era una inversión, ¿verdad?, acaso el vislumbre de algo que pronto se transformaría… En todo caso, si a Serafín le daba por arrepentirse de haber hecho un mal gasto, pues, mmm, a fin de cuentas sabría que el desembolso no había sido tan grande. Y, bueno, en este momento estamos situados en la incertidumbre, tanto de Serafín como de Sixto y Ponciano, éstos últimos todavía no se frotaban las manos con fuerza y satisfacción, porque, claro, las cosas no podían llegar sólo por pretenderlas. Ésa es una verdad que cualquier anciano diría, incluso sin saber mucho de cómo es la vida.

Y mientras llegaba el día de la decisión, se aprovecha para decir que durante muchos años Serafín Farías había sido el jefe (patrón) de Sixto Araiza y Ponciano Palma (este último vivía en Torreón). Un jefe explotador que se sentía un chingón por tener poder absoluto sobre este par de trabajadores tan necesitados. El negocio era de fletes y estaba ubicado en una orilla de Saltillo, o sea: transportación a diestra y siniestra: se contemplaban todos los rumbos nacionales. Crecimiento capitalista: en consecuencia: lleno de albricias y peculio. Orgullo: estiramiento sólo para el dueño. Por lo tanto: Sixto y Ponciano: traileros experimentados, con ojos de

Sombrete, Zacatecas

farol (a fuerzas), incluso, se daban sus buenas matadas porque el negocio empezó a tambor batiente (y el dueño y sus promesas halagüeñas, pero…), dos años de friega en los que no hubo casi días de descanso. Entonces nada de nada de ganancias para estos empeñosos. Sonrisas: sí, muchas: palmadas en la espalda, también. Y encomio exorbitante e ilusiones grandísimas: acumulándose. Luego empezaron los paliativos: las contrataciones por honorarios de una decena de choferes jóvenes: nueva modalidad ventajosa para el dueño, en fin. Cierto que a lo largo del tiempo gran cantidad de traileros laboró en ese negocio fructífero, pero como la explotación era exagerada (viajes y más viajes hechos en tiempos récord), pues casi todos renunciaban —algunos lo hacían de mala manera—, en un lapso no mayor de dos o tres meses. Y así la circulación imparable: váyanse unos, vénganse otros.

Por supuesto que las excepciones eran Sixto y Ponciano. Ellos aguantadores de más, porque fueron los únicos con contrato formal. Entonces hablemos de su derecho de antigüedad, su reparto de utilidades, su seguro médico, sus prorratas y un sinnúmero de sutilezas muy de contentillo: ventajas que más o menos eran migajas apreciables, lo grato de a poquito: para degustarlo.

Ahora situemos a Serafín con el cuerno del teléfono ya puesto entre boca y oreja. La comunicación hasta Sombrerete un sábado por la mañana y la voz aguda de Sixto Araiza (llamado Idilio Villalpando) diciendo lo de inicio: *¿Qué se le ofrece?* ¡Ah!: fue largo el diálogo telefónico, pero lo que aquí importa destacar es que llegaron a un acuerdo en cuanto a la fecha de un sábado para verse no en la oficina de Idilio sino en el paraje de la barranca. Una hora aproximada para la cita. Hacia el mediodía… por ahí… y… lo que sigue es una muestra de la parte final de lo hablado entre ellos…

—Por favor, dígame cómo llego. Necesito que me dé indicaciones precisas.

—Eso es fácil —contestó la voz aguda—, a ver ¿quién le informó de este lugar?

—Un empleado de confianza. Se llama Sixto Araiza.

—Pues él lo puede informar…

—¿Usted lo conoce?

—Somos amigos desde niños. Yo también le tengo confianza, incluso le puedo sugerir que él lo traiga, la cosa es que llegue sin contratiempos.

—Mmm, no es mala su idea.

—Lo importante es que usted vea el paraje y se enamore de inmediato. Le adelanto que hay diferentes precios y que algunas áreas ya están vendidas. Dependiendo de lo que a usted le guste, le puedo hacer rebajas. Con tal de que compre un buen número de metros cuadrados, estoy dispuesto a darle todas facilidades que necesite… Nos vemos en la barranca…

—De acuerdo.

De unos meses a la fecha —luego de veinticinco años de labor ininterrumpida—, tanto Sixto como Ponciano habían conseguido ciertos privilegios, habida cuenta de que ya el número de traileros en la compañía era de quince. Ahora bien, un logro fue que estos veteranos no trabajaran los fines de semana, con esto se dilucida lo siguiente: Sixto se iba a Sombrerete y Ponciano a Torreón. A sus casas adoradas. Una conquista incomparable ¿verdad? Ahora agreguemos una particularidad: Sixto era soltero (¡filosófico!) mientras que Ponciano era casado, aunque sin hijos.

¡Ea!

Con la fecha de un sábado retenida en sus sesos, Serafín llamó a sus dos empleados consentidos —toda vez que regresaron de su descanso de fin de semana— para darles la buena nueva en la cantina de siempre.

¡Vamos para allá!

Gozo apaisado de tres que, con las cervezas, fue subiendo. Punto por punto fueron redondeando el plan. El próximo sábado la ida. En el trailer más nuevo, ¿los tres irían? Era lo mejor por si hiciera falta ejecutar una maniobra auxiliadora.

También había que irse muy temprano.

No sonaban mal las cuatro de la mañana, para llegar a buena hora a la barranca, verla con parsimonia, caminar por el área para aprenderse de memoria el entorno.

Es que el tiempo de trayecto entre Saltillo y Sombrerete era de unas seis horas; pongámosle que en trailer sería una hora más.

En la oficina de fletes verse, sí: un cuarto de hora antes de las cuatro. Serafín, Sixto y Ponciano, como se dijo.

Y el último engarce que hizo el patrón (explotador) respecto al terreno barato de allá de la barranca consistió en una imagen ya hecha con mucho anticipo: una casa rodeada de otras; un fraccionamiento a la orilla de una ciudad impetuosa: *Porque este país está creciendo muchísimo. ¡Nadie lo detiene! Yo creo que en unos diez años más habrá, a lo largo y ancho de la República Mexicana,*

otras cien ciudades grandísimas y aparatosas. El entusiasmo campeaba frescamente.

Entusiasmo atravesado por unas visiones minúsculas, aunque siempre afables, de tres personas que ya se habían atiborrado de cervezas e ido varias veces al baño. Pero aquí hay que aclarar dos cosas: esas visiones incidían en la posibilidad de comprar terrenos y más terrenos. Emanación que se reducía a una consigna: ¡invertir y ya!, poco y bien: si cada mexicano lo hiciera… Dejar en el aire el planteamiento a medias… Serafín calculando. Y las figuraciones, por ende, cuando se dejara venir el monstruo del crecimiento nacional, o sea: imágenes chiquitas por doquier, mientras tanto; imágenes diluidas con gracia, nada más de plantearlas y darles forma. Pues estos tres andaban en eso. Ahora que la segunda cosa que hay que aclarar es algo relativo al patrón: en los últimos años ya no era tan explotador, su incuria se volvió guasa bastante juguetona, dado que hablaba con sus empleados, sobre todo con Sixto y Ponciano, como si confabulara extravagancias, y ése era el motivo mediante el cual estos últimos se animaron a sugerirle lo del terreno de allá. Tal vez el ablandamiento de Serafín se debía a que hacía poco más de un año había enviudado, por lo tanto, lloró como nunca lo había hecho. Un lloro que tuvo diferentes honduras porque aquello fue como una riada que se le vino encima. Conclusión: un despojo mayúsculo, ni siquiera sintió pena cuando su único hijo huyó a Europa un día de tantos: ¿a qué se fue?, a vagar, perderse, pero con dinero, porque ese mal hijo le robó muchísimo a su padre. ¿Y para qué detallar lo mucho y los modos de hurto? Lo cierto fue que se quedó allá, donde tal vez vivía encumbrado, orondo como un rey que no puede dejar de estar feliz, tanto, que jamás tuvo la ocurrencia de enviarle una sola carta a su familia, una discreta, sólo informativa —ya habían pasado siete años desde la huida—. Tampoco se comunicó por teléfono, por lo que: ¡ni pista de él! Y, claro, ante esas pérdidas la suavidad actual de Serafín Farías se volvió algo bien lógico, también comprensible, debido a que sabiéndose solo, ya no tendría la fascinación por la rabia que tuvo hacia sus subalternos. De ningún modo podía solazarse con ser sañudo aprovechándose de la humildad trabajadora de ésos. Así que aplastarlos y machacarlos ¡ya nunca más!, sino…

El cambiazo: el humor cotidiano, como una manera indirecta de sanear su alma podrida, misma que ya no, ni cómo.

Y en la noche, en la soledad de su casa, sentado en un sitial de pana, elaboró disyuntivas cuyas causas y efectos siempre le favorecían, esto es: si él había cambiado, toda la gente que lo rodeaba también, en consonancia. Cosa automática por deseo, casi eléctrica. Entonces la guasa por doquier, como si se tratara de un virus benigno. Ningún lastre, ninguna inquina acumulada de los otros. Olvido y fervor y virtud, como si lo anterior fuese una larga historia infantil todavía con un futuro duradero y sin conflictos.

Rencores: ¿cuáles? Todo lo malsano sería como un punto lejano que pronto se borraría. Atrás, atrás la desaparición total, siendo que lo venidero era un magma que se inflaba buenamente. Y…

Por lo pronto, el paraje de la barranca… Esa imagen.

El viaje: la alegría: la ida y la vuelta en el trailer en menos de veinticuatro horas. Pacto con esos dos.

Timo ¡nunca! Sospecha ¡¿por qué?!

Bueno, pues, vino el día de la ida a Sombrerete y de allí a… cabía la pregunta: ¿llegarían a la barranca por otro camino?

De una vez pongamos a Serafín, Sixto y Ponciano viéndose un cuarto de hora antes de las cuatro de la mañana de ese sábado equis, justo en la puerta principal del negocio de fletes. El trailer listo —allí—: el nuevo, en espera: en la calle. Lo conduciría Sixto, ya que Ponciano tenía otro encargo dificultoso. Los tres en la cabina: ¡vámonos! El patrón iba en medio, fue su preferencia, por razón de sentirse protegido; también fue un modo subconsciente de elección. Tanto al abandonar la ciudad como cuando ya se desplazaban por la carretera a campo abierto, Serafín empezó con sus bromas. Su novedoso ablandamiento era un cambio de táctica que no resultaba agradable. Comentarios sin pizca de simpatía que no hallaban eco en esos dos traileros. Y había que reírse a regañadientes, tolerando necedades baldías. "Je", bastantes "je" forzados, que se apagaban cada vez más. Siguió el avance del trailer y las risas toscas de Serafín bajo la oscuridad que aún sí. Aumentó la guasa del señor como si se inflara de súbito, pero como que enmierdándose más y más. Humor pesado, agresivo, con ganas de destruir por destruir. Veamos un ejemplo de lo que dijo este veterano insoportable: *¡Ustedes son unos pobres sangrones llenos de caca!* ¡Qué gracioso!, y a reírse esos dos empleados ¿en consecuencia?, ¿por qué? Nomás por

docilidad. ¡Vaya! Pero el aumento humorístico siguió, pero por diferente vía, como si Serafín dejara asentada su habitual voluntad de dominio, ya que, hiciera lo que hiciera, su psique era la de siempre: la impostura, sólo que ahora revestida de una complejidad que ni Sixto ni Ponciano sabían cómo estaba siendo ni por qué. Una crispación. Un estrépito. ¿O qué rumia a fin de cuentas? Lo peor se dio antes de que apareciera la primera luz del día: *¡Ustedes son unos putos sin remedio!, ¿por qué les gusta tanto hacer cochinadas?* Pesadez total: es que eso de "lo puto" sí dolía muchísimo, no era correcto y tampoco era para celebrarlo con un jajajá expresivo. De resultas: la incidencia bribona: ¿o qué diablos?, podría ser que el humor verdadero fuera bien apelmazado.

Lo oscuro ayudaba para lo que vendría. La carretera, por fortuna, estaba solitaria: ésa: la que iba de Saltillo a Zacatecas, la casi recta y larga que pasaba por Concepción del Oro, siempre había sido así y además a esa hora era rarísimo que siquiera circularan vehículos viejos o nuevos, a veces sí, pero esa vez no, gracias a Dios. Pero a lo que se va es que hubo un momento de silencio de los tres, justo cuando Serafín parecía ver un punto que parpadeaba en el cielo estrellado, Ponciano, delicadamente, extrajo una pistola Derringer de su chamarra para dispararle de inmediato cinco balazos a ese señor antipático. Dos tiros en la panza, otro en el mero corazón (dizque) y dos en la cabeza para que se muriera tranquilo. Hay que decir que Sixto siguió manejando como si nada, es más: hasta emitió un largo silbido destemplado, fruto de sus nervios.

Ya por fin la venganza por tantos años de injusticia, de explotación desmedida, de gritos, de arbitrariedades sin fin, habida cuenta del humor feo como remate cargante. Sí, sí, sí: ¡felicidad de revés! El humorista muerto: allí: cabeza que halló almohada final en Ponciano. Cabeza sangrante: ¡No, eso no!: la fidelidad, la comprensión póstuma: ¡no, eso no! Y ahora las consecuencias espantosas: *¿Dónde podemos dejarlo?*, preguntó Ponciano, sobre todo porque la sangre ya estaba en pleno borboteo, además mancharía el asiento delantero del trailer con gran naturalidad, pero Sixto no contestaba porque estaba pensando que debían encontrar un margen de cuneta o un guardacantón o una rampa. Avance de kilómetros. Búsqueda coyotera, hasta dejarse venir con posma crudeza la respuesta del conductor: *Tenemos que tirar el trailer a un precipicio junto con el muerto y nosotros huir de inmediato por el monte. Tú hacia el Este y yo hacia el Oeste*. Ponciano, que estaba en desventaja, dijo: *Es que ya me llené la camisa de sangre. Don Serafín se me recargó y…* Tenía razón, porque dónde conseguir una camisa limpia en esos alrededores. Lo que sí era que debía quitársela cuanto antes… Ah… tal vez en la cajuela del trailer hallaría una camisa cualquiera, manchada de grasa, pero menos mal, cosa de ver. Por lo pronto, orillar la mole rodante en un tramo alto, para enseguida empujar el trailer al abismo. Sixto encontró un poco más allá la altura carreteril que deseaba… Luego empujarían el trailer… ¿Y si pasaba un vehículo o dos en el momento de realizar la acción? Eso sería, desde luego, mala suerte, pero ¡ni modo!, ¡jugársela!